

Persiflage

Un discurso de Gissing y una escena penosa

— Colaboración directa —

Para don Jaime G. Bennet, por indicación de Gissing.

Hablábamos de lo parco que es Plotino en el comer. La carne no la come del todo. Prefiere frutas. Y aún frutas come poco. En eso estábamos cuando Gissing, el admirable viejillo—que no se da cuenta de que ni la Sarah israelita ni Timas, la esclavilla, saben nada de la Britania de que él habla,—agarró la conversación con fuerza entre sus dientes y no la soltó por largo rato.

“Oí una vez”, comenzó diciendo, “en una posada del Norte, la conversación de tres individuos, a la hora del desayuno, sobre cuestiones de dietética. Estaban de acuerdo en que la mayoría de la gente come demasiada carne, y uno de ellos se extremó lo bastante a decir que, por su parte, prefería legumbres y frutas, “*¿Me creeréis?*”, dijo, “*que a veces me desayuno con sólo manzanas?*” Tal confesión fue recibida en silencio; evidentemente que los dos que le escuchaban no sabían a punto fijo qué pensar. Por lo que, el que hablaba, en un tono más bien ostentoso, dijo levantando la voz: “*Sí, señores. Hago un perfecto desayuno con dos o tres libras de manzanas.*” ¿No creéis que era divertido? ¿Y qué característico! Este honrado bretón se había excedido en la franqueza. Está bien que le hayan gustado las legumbres y las frutas, hasta cierto punto; pero desayunarse con manzanas! El silencio de sus compañeros demostraba que se avergonzaban un poquillo de él; su confesión sabía a pobreza o a mezquindad; para colocarse de nuevo en buena opinión, nada mejor se le ocurrió que aseverar que comía manzanas, ciertamente, pero *por libras!* Me reí del sujeto, pero le entendí el carácter a las mil maravillas; no hay inglés que no le hubiera comprendido el espíritu; porque la raíz de nuestro ser es el odio a toda parsimonia. Ello se manifiesta en toda clase de formas risibles u odiosas, lo cual no obsta para que sea fuente y origen de nuestras mejores cualidades. Un inglés desea, antes que todo, vivir con largueza; a ello se debe que no sólo le tema sino que odie, que desprecie, a la pobreza. Sus virtudes son las del hombre opulento de mano abierta y corazón cálido. Sus debilidades provienen del mismo sentido de inferioridad, intensamente doloroso y humillante, que en su imaginación es inseparable de aquellos que no pueden ni gastar ni regalar. Sus vicios, por la mayor parte, tienen por origen la pérdida del amor propio al perder la seguridad de su posición social o económica.

“Para una nación de temple así, el movimiento hacia la democracia está repleto de singulares peligros. Profundamente aristocrático en sus simpatías, el inglés siempre ha visto en la clase patricia una superioridad no sólo social sino moral; el de sangre

azul ha sido para el inglés el representante vivo de aquellas potencias y virtudes que integran su ideal de cuanto en la vida tiene dignidad. Es muy significativa la alianza cordial que de antaño ha existido en Inglaterra entre los nobles y el pueblo; de un lado, el homenaje libre y orgulloso que se les rinde a los adalides valientes del otro lado; así han trabajado ambas clases por la libertad, siempre juntas. Por grandes que hayan sido los sacrificios de los comunes para mantener el poderío y el esplendor de la aristocracia, tales sacrificios siempre han sido hechos con júbilo; ésta ha sido la religión del hombre inglés, su innata *pietas*; en el fondo del alma más estulta se ha movido siempre entre nosotros una percepción, una comprensión, del significado ético del señorío, del *lordship*. Nuestro lor ha sido el ser privilegiado, dotado, por razón de su descendencia, de instintos generosos, y dueño de medios por los cuales hacerlos patentes en acto y obra. Un noble pobre es contradicción de términos; si tal persona existe, se puede hablar de ella sólo con asombrada pesadumbre, como de una víctima de caprichos de la naturaleza. El lor es Honorable, con mayúscula, *Right Honourable*; sus actos, sus palabras, virtualmente constituyen el código de honor por el que la nación se guía en su vida.

“En un mundo nuevo, del otro lado del mar océano, ha crecido una nueva raza, de linaje inglés, que formó su vida sin consideración por el principio del señorío hereditario; y en el curso del tiempo esta República triunfante se ha quitado de los hombros los ideales de la Madre Patria. Su civilización, a pesar de superficiales semejanzas, no es inglesa; diga quienquiera que es superior; me basta decir que ya ha demostrado, en panorama amplio, las tendencias naturales de la sangre inglesa emancipada del antiguo culto. Fácil es comprender que haya quienes no ven sino daño en la influencia de la nueva y vasta nación. Si a nosotros nos ha hecho bien alguno, de seguro que tal hecho no se adapta a demostración ninguna. En la vieja Inglaterra la democracia es cosa tan extraña a nuestras tradiciones y a nuestro sentir arraigado, que la trayectoria de su progreso parece

ser hasta ahora sólo senda de ruina. En la palabra misma hay algo que nos hace sobrecogernos de temor; nos parece significar nada menos que una apostasia nacional, una negación de la fe en que ganamos nuestra gloria. El inglés democrático se coloca, por ley de su propia naturaleza, en peligrosa situación; ha perdido los ideales por los que guiaba sus instintos rudos, pródigos y dominantes; en vez del *Right Honourable*, nacido para cosas nobles, ha elevado al mero *Plebs*, nacido, más bien que lo contrario, para toda clase de bajezas. Y, en medio de toda esta ostentación de altisonora confianza en sí mismo, al demócrata lo atormenta la duda.

“La tarea que nos confronta no es liviana. ¿Podemos, al tiempo que perdemos la clase, retener la idea que encarnaba? ¿Podemos los ingleses, siempre tan dominados por lo material, librarnos de aquella vieja asociación y, no obstante, guardar su significado en la esfera de la vida espiritual? ¿Podemos, con ojos que han dejado de mirar con reverencia los símbolos gastados, aprender a escoger entre la multitud de chaquetas grises, y colocar al escogido en sitio de reverencia superior a la de quienes “*tienen su carta de nobleza directamente dada por el Todopoderoso?*” De ello depende el futuro de Inglaterra. En días que ya van al olvido, el *Snob* mismo fue testigo, a su manera, de nuestro desprecio por toda mezquindad; en todo caso, el *Snob* se imaginaba que imitaba a quienes eran incapaces de ninguna transacción ruin, de ninguna condescendencia plebeya. Pero el *Snob*, he de decir, va en degeneración; tiene nuevos ejemplares de sí mismo; habla un lenguaje más rudo. A él, tenedlo cierto, lo tendremos siempre con nosotros; y observar sus costumbres es tomar indicio del tenor de la época. Si en el fondo de su ensombrecida mentalidad no tiene ideal ninguno que pueda prestarle significación generosa a su estulticie, entonces, en verdad, *videant consules!*”

Nos preguntó Timas si queríamos que nos cantara algún trozo lírico de Eurípides. Yo iba a decir que sí. Timas se acompaña muy bien con la lira, y el egipcio que toca la flauta cuando ella canta lo hace divinamente. Además, para ciertos efectos de voz, Timas pone la boca de una manera linda, como si fuera a coger uvas que algún sátiro le estuviese brindando. Al clavel moreno no le gusta Timas. Quién sabe quién le enseñó a decir qué lástima que los alejandrinos hubieran olvidado por completo la música original de Eurípides. “Cantar a Eurípides con otra música que la propia, es sacrilegio”, dijo, enfadada, el clavel. Como Timas es esclava, nada respondió. Sentí por ella un gran pesar. Nunca me hubiera imaginado que el clavel moreno fuese tan cruel. En nada de esto se fijó Gissing. “*My dear George*”, le dije, “¿te gustaría oír a Timas?” El viejillo estaba absorto en sus recuerdos de Inglaterra.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades